

Lara

¿Qué pasaría si de pronto todo el mundo comenzara a llamarte con otro nombre?

1.

Sueñas: Te desplazas suavemente a través de tibias dimensiones de sábanas, colchas y edredones, eres feliz. De pronto te llega un presagio de frío, un ataque de pánico: Giras, tratas de huir a las profundidades acogedoras, pero la oscuridad comienza a desgarrarse en afiladas agujas rojas y heladas, abres la boca para gritar y un alarido inhumano y estúpido hace añicos la paz.

Abres los ojos: El despertador calla al fin bajo tu mano, te enderezas, te estiras, sientes frío, bostezas, caes de nuevo sobre la cama, seductora como sólo puede serlo a é coño, te dices, hoy llegaré tarde. Sonríes, te abandonas

Despiertas otra vez, zarandeada: Tu madre te bambolea, disolviendo el nuevo sueño vacío que apenas comenzaba a tejerse, sus palabras manchadas de afilada escarcha se cuelan por sus costuras deshaciéndolas.

–Vamos, Lara, vas a llegar tarde –dice, saliendo de tu cuarto con promesas de desayunos rápidos e indoloros. Te despides en silencio de tu cama y tratas de empujarte con el eco casi soñado de las palabras de tu madre...

¿Lara? ¿Quién es Lara?

Lara. El nombre se encalla en algún engranaje de tu mente, se repite una y otra vez mientras te lavas maldiciendo el agua fría, mientras te vistes tiritando, mientras oscuras te diriges a la cocina, esquivando masas negras que la luz vestirá más tarde de muebles. Llegas a la cocina, los ojos entrecerrados para suavizar ese maldito fluorescente brutalmente blanco (color odiado, definitivamente te teñirás el pelo de negro). Alcanzas a distinguir un tazón humeante y un fragmento de madre en estado de eferescencia culinaria.

–¿Qué dijiste antes? –preguntas.

–¿Qué, cariño? –ruido de cacerola contra metal.

–Que qué dijiste antes.

–¿Cuándo?

–Al despertarme.

–Ay, hija, no sé. Que te dieras prisa. Siempre te duermes. Te van a despedir.

Masticas, tragas, bebes, frunces el ceño y te preguntas ¿Lara? ¿Quién es Lara?

Agitas el brazo para liberar el reloj del abrazo del jersey, habrás escuchado mal, nunca despiertas del todo hasta el tercer café. Miras el reloj, te atragantas, ¡r

. Esto es para la biblioteca.

¿Lara? Parpadeas, sus ojos fijos en los tuyos, un azul inocente y como demasiado lavado.

Coges el paquete, recorres el camino a la biblioteca, ¿Lara? ¿Qué demonios?

Intuyes bromas estúpidas. En fin, trabajo que hacer, allá vamos. Pasan horas de libros sellados, recolocados, empujados, caídos, malditos, recogidos, amontonados, golpeados.

–Lara –dice el director. Al fin le escuchas, sin saber desde cuando lleva allí, desde cuando trata de invocarte con ese nombre extraño.

–¿Eh?

–Quería hablar contigo –uh, que cara más seria, la pregunta siguiente se niega a conjurarse en tus labios. Él te hace un gesto, dudas, al fin le sigues, camináis por escaleras, más pasillos, salas de profesores, llegáis a su despacho. Coge una carta de la mesa y te apunta con ella.

–Has vuelto a llegar tarde –dice, y quiere decir “no quisiste acostarte conmigo” . Estás despedida.

Miras la carta, la coges, fuera no pone nada. Dentro, un papel plegado en tres partes, lo abres, miras el nombre: Lara Muñoz Castillo.

–¿Esto es una broma? –preguntas.

–Te lo advertí –dice él–. Las cosas podrían haber sido diferentes.

¿Lara?

Te tiende un bolígrafo y un papel que firmar, los brazos separados que ahora tratarán de abrazarte. Esquivas labios insípidos, coges el papel, te alejas, rodeas la mesa, empuñas una pluma de oro y firmas, mirándole, atenta a la necesidad de nuevas fintas. Desprendes tu copia de la hoja y le arrojas las otras, sales de allí olvidando el necesario portazo, olvidando devolver la jodida pluma, que al fin tiras a una papelera. Regresas a por tus cosas, cruzándote con el conserje, que sonrío, siempre, ¿cómo lo hará? ¿Será su

–¿Qué tal va la mañana? –dice, arqueando aún más los labios.

–Confusa –respondes, alejándote, escuchando su risita y su “je, je, estos

luego un lápiz. Firmas. Indudablemente pone Lara. Se te caen el lápiz y el trozo de papel firmado. Das un paso atrás, cae un montón de libros, tratas de respirar, sacas la cartera, miras el DNI, ¿qué coño pasa? ¿Lara? ¡Eres tú! Corres, empujas, caen conserjes sonrientes, estudiantes madrugadores repletos de acné, directores hijos de puta. Llegas al lavabo, miras tu rostro, le gritas, ¡sigues siendo tú!

Te lavas la cara en el agua fría, cierras los ojos hasta hacerte daño, ensordecida por tu respiración, tu corazón, los susurros ahí fuera del conserje y el hijo de puta, abres los ojos, miras de nuevo, pero ya no estás tu sola. Giras, encarando a la intrusa.

–¿Quién eres tú?, ¿qué coño haces aquí? vas a preguntar, pero no puedes, estás mirándola, viendo tus zapatos, tu falda, tu blusa, tu peinado.

–Soy Lara –dice ella, y se ríe. Chillas.

2.

El director y el conserje te miran. El primero maldice por lo bajo, sin saber que hacer, ¿habrás dejado alguna maldita carta que le llene de mierda? El segundo no sonríe, se santigua, reprime una arcada, trata de no pensar en tus dedos en torno a tu cuello, axfisiándote, estrangulándote. Al fin corre a pedir una ambulancia. Se cruza con una profesora atraída por los gritos, ella le pregunta.

–Lara –murmura él-. Se ha matado.

David Ruiz Ruiz, 1999.